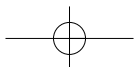
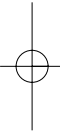
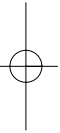


El tesoro de Gregor

La Romántica



Hannah Howell

El tesoro de Gregor

El clan de los Cameron III

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Highland Lover*

© Hannah Howell, 2006
© por la traducción, Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena, 2009
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

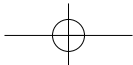
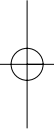
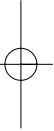
Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Franco Accornero
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2009

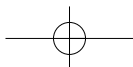
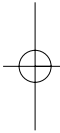
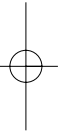
Depósito legal: B. 25.371-2009
ISBN: 978-84-08-08773-1
Composición: Pacmer, S. A.
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Hannah Howell vive en Massachusetts, donde lleva veinte años dedicada a la novela romántica. Aunque ha hecho incursiones en otros subgéneros, como el vampírico y el Oeste americano, los libros que le han ganado la admiración de las lectoras y el reconocimiento de sus colegas son las obras ambientadas en Escocia. Es miembro del Romance Writers of America y ha ganado dos veces el premio K.I.S.S. (Knight in Shining Silver) al mejor protagonista masculino. En la actualidad sigue trabajando rodeada de sus hijos y nietos y, por supuesto, de sus gatos. En 2009 Booket ha publicado tres de sus aclamadas novelas ambientadas en la Escocia medieval: *La conquista de Sigimor*, *La victoria de Liam* y *El tesoro de Gregor*.

Más información en: www.hannahowell.com





Capítulo uno

Escocia, primavera de 1475

—¡Uf!

¿Cómo que «¡Uf!»? Un poco mareada y apenas sin aliento, Alana decidió que la exclamación debía de ser suya. Los suelos de tierra no solían emitir sonido alguno. Sin embargo, su voz había sonado muy grave, más bien masculina, aunque posiblemente se debiera al eco producido por los toscos muros de piedra de la mazmorra. Acababa de recobrar el aliento cuando el suelo se movió bajo su cuerpo.

Tardó un momento en comprender que no había aterrizado en el suelo. Había aterrizado sobre una persona. Una persona con una voz grave y masculina. No era tierra ni piedra lo que tenía bajo la mejilla, sino ropa. Además, bajo esa ropa, su oído captaba los fuertes latidos de un corazón. Sus dedos sí estaban tocando el suelo de tierra, ligeramente húmeda. ¡Estaba despatarrada sobre el cuerpo de un hombre como una vulgar ramera!

Se apartó con torpeza mientras se disculpaba por los codazos y rodillazos que le propinó en el proceso. No cabía duda de que ese hombre sabía unos cuantos improperios. Cuando se puso en pie, alzó la cabeza para mirar los sonrientes y barbudos rostros de los tres hom-

bres que la observaban con el farol en alto, aunque su luz iluminaba poco más aparte de sus cabezas.

—No podéis dejarme aquí con un hombre —les dijo.

—No tenemos otro sitio —replicó el más alto de los tres, un tipo llamado Clyde y que parecía ser el *laird*.

—Soy una dama —protestó.

—Eres una niña descarada. ¿Vas a decirnos ahora tu nombre?

—¿Para que podáis robarle a mi gente? Ni hablar.

—Pues aquí te quedas.

No le dieron tiempo ni para protestar. Cerraron la trampa, y el débil resplandor del farol desapareció junto con los Gowan. Sumida en la oscuridad, se preguntó cómo era posible que las cosas se hubieran torcido tanto. Lo único que quería era encontrar a su hermana Keira, pero ningún miembro de su familia se había mostrado dispuesto a escuchar sus súplicas y tampoco la habían creído cuando afirmó que podía localizar a su gemela. La única solución que se le había ocurrido había sido disfrazarse de niña y seguir a sus hermanos a escondidas. Había sido muy divertido imaginarse el momento exacto en el que se acercaba a sus confundidos hermanos y los llevaba directamente al lugar donde estaba su hermana. La idea la había hecho sonreír y aligerar el paso hasta que descubrió que no sólo había perdido el rastro de sus hermanos, sino que no sabía donde se encontraba.

Estaba haciendo un estofado de conejo, lamentándose de su mala suerte y preguntándose cómo era posible que sus dones le hubieran fallado en el momento que más los necesitaba, cuando los Gowan la encontraron. Torció el gesto al recordar su propia reacción. Tal vez si hubiera mostrado un carácter dulce y desvalido,

no estaría encerrada en ese momento en un agujero en compañía de un hombre que, a juzgar por lo que estaba oyendo, estaba haciendo sus necesidades en un cubo. Tal vez lo mejor sería decirles a los Gowan quién era para que pudieran pedir un rescate y la sacaran de allí. Horrorizada por ese momento de debilidad, procedió a echarse un sermón con la esperanza de infundirse valor.

Gregor maldijo para sus adentros mientras hacía sus necesidades. No era la mejor carta de presentación ante su compañera de mazmorra, pero poco podía hacer. Después de sufrir el impacto de su cuerpo y de que lo golpeará con los codos y las rodillas para levantarse, le había sido imposible ignorar sus necesidades fisiológicas. Al menos, la oscuridad le otorgaba cierta intimidad...

Estaba intentando localizarla cuando escuchó que la muchacha hablaba consigo misma. Clyde Gowan la había tildado de niña descarada, pero esa voz grave tenía una cualidad muy femenina que a él le hacía pensar en una mujer hecha y derecha. Al igual que ese cuerpo delicado y cálido que le había caído encima, pese a la falta de curvas. Meneó la cabeza y se acercó despacio al lugar del que procedía la voz.

Aunque se movía con cautela, dio un paso de más y acabó estampándose contra la espalda de la muchacha, que se apartó con un chillido ahogado y dio un brinco, movimiento que hizo que se golpeará la coronilla con su barbilla. Gregor soltó un juramento a causa del dolor en la mandíbula, que se extendió con rapidez por toda la cabeza. No fue el único, porque escuchó que ella también maldecía en voz baja.

—¡Por el amor de Dios, muchacha! —murmuró—. Tú sola me has hecho más moratones que esos necios cuando me capturaron.

—¿Quién eres? —preguntó Alana, que estaba fro-tándose la coronilla y dio un respingo al tocar un punto especialmente dolorido donde estaba segura de que ya empezaba a formarse un chichón.

—Gregor. ¿Y tú?

—Alana.

—¿Alana y ya está?

—¿Gregor y ya está?

—Te diré mi nombre completo si tú me dices el tuyo.

—No, ni hablar. Alguien podría estar escuchando a la espera de que hagamos precisamente eso.

—Y, además, no confías en mí, ¿cierto?

—¿Por qué iba a hacerlo? No sé quién eres. Ni si- quiera puedo verte. —Eché un vistazo por la mazmorra y se preguntó para qué se molestaba en hacerlo, puesto que estaba tan oscuro que ni siquiera podría ver su pro- pia mano aunque se la pusiera delante de las narices—. ¿Por qué te han encerrado?

De repente, temió que la hubieran encerrado con un criminal, un violador o un asesino. Sofocó la oleada de pánico como pudo mientras se regañaba por ser tan tonta. Los Gowan querían pedir un rescate por ella. No iban a ser tan imbéciles como para arriesgarse a perder una buena suma de dinero dejándola a solas con un hombre peligroso.

—Para pedir un rescate.

—Vaya, como a mí. ¿Se dedican a vagar por ahí co- giendo gente como quien coge margaritas?

Gregor chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—Sólo a aquellos que parecen tener el monedero bien lleno o que parecen tener familias con las arcas a rebosar. Mientras me traían, vi que liberaban a un hom- bre después de recibir dinero. Iba bien vestido, aunque

estaba un poco sucio después de haber pasado un tiempo en este agujero. Yo también llevaba mis mejores galas cuando me apresaron. Supongo que tu vestido les habrá hecho creer que tu familia tiene dinero. ¿Mataron a tus escoltas?

Alana sintió que el rubor le cubría las mejillas.

—No, estaba sola. Y se puede decir que me perdí...

«Está mintiendo», pensó Gregor. O era una mentirosa atroz o la oscuridad había afinado sus instintos, permitiéndole de ese modo percatarse del cambio de inflexión en su voz.

—Espero que tu familia castigue a esos hombres por cometer semejante descuido.

«¡Ay, sí! Alguien iba a recibir un buen castigo», pensó ella. No le cabía la menor duda. Ésa era una de las ocasiones en las que deseaba que sus padres fueran defensores de las azotainas. Unos cuantos azotes con una buena vara serían más llevaderos que el sermón que estaba segura que iba a escuchar y que la decepción que les habría ocasionado con su desobediencia y su idiotéz.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó con la esperanza de desviar la atención del desconocido de las circunstancias de su apresamiento.

—Dos días, creo. Es difícil estar seguro. Me dieron unas mantas, un cubo para hacer mis necesidades que vacían cada día, y me traen comida y agua dos veces al día. Lo que me preocupa es quién saldrá ganador de este jueguecito de *aquí te quedas hasta que me digas lo que quiero saber*. Mi clan no es que sea pobre, pero no tenemos dinero suficiente para malgastarlo en un cuantioso rescate. Mucho menos cuando ni siquiera saben en qué van a emplear el dinero.

—¡Ah! ¿No te lo han dicho?

—Estuve inconsciente la mayor parte del trayecto hasta este lugar. Desde que me arrojaron a la mazmorra, sólo me han hablado para preguntarme tres veces al día por mi identidad. Todo esto suponiendo que sean tres veces al día, no cuando se les antoje. Parecen hacer las cosas de forma ordenada. De ahí que suponga que llevo aquí dos días. —Rememoró los últimos días de su vida, pasados prácticamente en la oscuridad con la única compañía de sus pensamientos—. Si estoy en lo cierto, mi tercer día de encierro está llegando a su fin. Volví a perder el conocimiento cuando me metieron aquí dentro y me desperté al escuchar que alguien gritaba que era la hora de la cena. Acepté la comida y el agua, y después me dijeron lo del cubo y las mantas que estaban por aquí abajo.

—Ahora mismo es de noche. La luna estaba saliendo cuando atravesamos la puerta de entrada. Así que llevas tres días en la oscuridad. En un agujero excavado en el suelo —murmuró ella, estremeciéndose ante la idea de sufrir el mismo tormento—. ¿Qué has hecho?

—Pensar.

—¡Ay, Dios! Creo que eso me volverá loca de remate.

—La verdad es que la situación no es agradable...

—Desde luego. No me gusta mucho la oscuridad —añadió en voz baja, y dio un respingo al notar que un brazo largo le rodeaba los hombros con cierta torpeza.

—A nadie le gusta realmente, mucho menos la oscuridad de un sitio como éste. Así que estabas sola cuando te capturaron. No te hicieron daño, ¿verdad?

La delicadeza con la que hizo la pregunta le indicó exactamente a qué tipo de daño se refería. Se le antojó extraño que ni siquiera hubiera pensado en la posibilidad

de que la violaran, ya que el disfraz de niña no era protección suficiente.

—No. Se limitaron a agarrarme, a soltar una retahíla de juramentos por ser tan insolente y a arrojarme sobre la silla.

Gregor sonrió.

—Así que insolente, ¿eh?

—Es una palabra tan buena como cualquier otra. Allí estaba yo, sentada muy tranquila junto al fuego mientras hacía un estofado de conejo que había tenido la suerte de cazar, cuando de repente llegaron cinco hombres a caballo, y me dijeron que era su prisionera y que les dijera mi nombre para saber a quién pedir el rescate. De modo que les dije que llevaba un día de perros y que lo último que me apetecía era lidiar con un grupo de hombres peludos y malolientes que se atrevían a darme órdenes. Les recomendé que volvieran a la madriguera de la que habían salido. O algo así —añadió en voz baja.

A decir verdad, concluyó al escuchar que Gregor reía entre dientes, se había dejado llevar por su temperamento. No solía hacerlo a menudo y sospechaba que algunos miembros de su familia se habrían quedado de piedra. Que fue como se quedaron los Gowan. Los cinco la miraron boquiabiertos como si un lirón les hubiera saltado al cuello. Semejante estampa había sido muy estimulante, pero sólo hasta que los hombres cayeron en la cuenta de que los insultos que les habían parado los pies procedían de una persona a la que podrían partir en dos sin problemas.

Era un poco sorprendente que no hubiera logrado escapar de ellos. Era muy rápida, cosa que en muchas ocasiones sorprendía a su familia, y podía correr una

gran distancia sin cansarse y ocultarse allí donde hubiera una pequeña sombra. Sin embargo, desde que huyó a la carrera se sucedieron varios infortunios hasta que los Gowan la capturaron sin apenas despeñarse. Si fuera supersticiosa, pensaría que la mano invisible del destino había intervenido para asegurarse de que la capturaban.

—¿Te han dicho por qué retienen a tantas personas para pedir rescates? —preguntó Gregor.

—Sí, desde luego. —Y lo habían hecho entre otras cosas para defenderse de todas las acusaciones que ella les había lanzado, como la de querer el dinero para malgastarlo en actividades depravadas en lugar de en cosas útiles, como jabón—. Para reforzar sus defensas.

—¿Cómo?

—Han decidido que este cuchitril necesita mejores defensas. Y eso requiere dinero o bienes que intercambiar, cosas de las que carecen. Supongo que les han llegado rumores sobre los problemas que están teniendo algunos clanes no muy lejos de aquí y han llegado a la conclusión de que son demasiado vulnerables. Por lo poco que pude ver mientras cabalgaba en la silla de Clyde, estamos en un antiguo torreón muy dañado por el paso del tiempo o por alguna batalla, o por ambas cosas. Parece que lo han rehabilitado lo justo para que sea habitable, pero me percaté de que no tienen muchos enseres y de que los pocos que tienen necesitan una buena reparación. Según dijo la mujer de Clyde, este pequeño torreón fue su dote.

—¿Has hablado con su mujer?

—Bueno, no. Es que ella estuvo discutiendo con Clyde desde que entramos hasta que llegamos aquí. No aprueba este método. Y le dijo que puesto que había sido él quien había comenzado con esta estupidez,

ya podía hacer un buen trabajo y reunir una fortuna considerable, porque iban a necesitar unas enormes murallas para defenderse de los innumerables enemigos que se está creando.

Sabía que debía alejarse de él. Al principio, cuando le pasó el brazo por los hombros, agradeció el gesto porque se dio cuenta de que buscaba reconfortarla e incluso aliviar el miedo que había confesado tenerle a la oscuridad. Pero su brazo seguía en el mismo sitio y ella se había ido acercando poco a poco a su cuerpo en busca de su calor, de modo que había acabado pegada a él.

Era un hombre muy alto. Posiblemente un poco más alto que sus hermanos, y eso ya era mucho decir. A juzgar por el lugar donde su barbilla descansaba cómodamente, ella apenas le llegaba al esternón. Teniendo en cuenta que ella medía poco más de metro y medio, la altura de Gregor debía de acercarse a los dos metros. Tal como estaban, Alana podía sentir la fuerza que irradiaba su cuerpo, aunque su constitución era delgada. Además, después de llevar casi tres días en ese agujero, no podía decirse que oliera mal.

Y el hecho de que estuviera pensando en lo bien que olía significaba que debía alejarse de él, decidió. El problema era que se encontraba a las mil maravillas. El cuerpo de Gregor era cálido, fuerte y reconfortante, precisamente lo que necesitaba en esos momentos. Se consoló con la excusa de que al menos ella no lo estaba abrazando, pero justo entonces cayó en la cuenta de que uno de sus brazos rodeaba lo que parecía ser una cintura estrecha.

Suspiró y admitió que le encantaba estar donde estaba y que no tenía ganas de apartarse. Al fin y al cabo, Gregor la había tomado por una niña, de modo que no

hacía falta que se preocupara por la posibilidad de que interpretara su actitud como una invitación a que se aprovechara de ella. Además, la oscuridad que los rodeaba le otorgaba a la situación una especie de anonimato muy reconfortante. De modo que decidió que no había nada de malo en abrazarlo. No sería de extrañar que él también se sintiera reconfortado por su cercanía después de haber pasado todos esos días solo en la oscuridad.

—¿Adónde ibas, muchacha? Aparte de los hombres que te escoltaban, ¿crees que habrá más gente buscándote? —quiso saber Gregor, un poco preocupado por lo a gusto que se sentía abrazándola, a pesar de que todos sus instintos le advertían de que Alana no era la niña que fingía ser.

—Es muy posible. —Dudaba mucho que la nota que había dejado en casa tranquilizara a sus padres—. Iba de visita a casa de mi hermana.

—¡Vaya! En ese caso me temo que los Gowan averiguarán muy pronto tu identidad, aunque tú no digas nada.

—Es posible. ¿Y a ti? ¿Te estarán buscando?

—De momento no.

Todos pensarían que estaba cortejando a su acaudalada novia. Había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre el tema. Sobre sus motivos para buscar una novia con una dote espléndida y sobre su elección. Mavis era una buena mujer, bonita, con tierras y con dinero para ofrecerle a su esposo. Al irse de su lado, se había sentido muy seguro de su decisión, pero a medida que el tiempo transcurría allí sumido en la oscuridad y a solas con sus pensamientos, sus remordimientos habían ido en aumento. No había hecho lo correcto. Le fasti-

diaba darle la razón a su primo Sigimor, pero debía reconocer que no paraba de darle vueltas a sus consejos. Mavis no era la elección acertada. No era la mujer adecuada para él.

Maldijo en silencio. ¿Qué importaba eso? Estaba a punto de cumplir treinta años, y seguía sin encontrar a una mujer que encajara con él o que fuera su alma gemela. Con Mavis tenía la oportunidad de ser independiente, de convertirse en el *laird* de su propio clan y tener el control de sus propias tierras. Era una elección sensata. No la amaba, pero después de tantos años y de estar con tantas mujeres por las que no había sentido más que algo de cariño, dudaba mucho que fuera capaz de amar a alguna. La pasión sería fácil de avivar con las caricias oportunas y la afinidad podía lograrse si se ponía empeño en ello. Con eso debía bastar.

Estaba a punto de preguntarle a Alana si su familia emprendería una búsqueda muy extensa cuando escuchó que alguien se acercaba a la trampilla.

—Ponte ahí, muchacha —le dijo al tiempo que la apartaba hacia la izquierda—. Van a llevarse el cubo para vaciarlo y nos traerán comida y agua. No quiero que te llesves ningún golpe.

Alana se quedó helada en cuanto se alejó de él. Fue retrocediendo poco a poco hasta tropezar y caer sobre un montón de mantas. Se incorporó y apoyó la espalda en la fría pared de piedra. En ese momento, se abrió la trampilla y alguien bajó una cuerda con un garfio atado en su extremo. La luz del farol que llevaba el recién llegado alumbraba lo suficiente como para que vieran la cuerda. Gregor se movió por la mazmorra como si pudiera ver en la oscuridad, lo que la llevó a pensar que había trazado un preciso mapa de su cárcel en la cabeza. El cubo

de agua sucia fue alzado y otro apareció en su lugar. Cuando Gregor hizo ademán de cogerlo, vio su silueta recortada contra la luz. Era muy alto y delgado. Maldijo la oscuridad por ocultarle el resto de los detalles de su persona.

—Necesitaremos dos cubos de agua para lavarnos por la mañana —escuchó que le gritaba al carcelero y observó atentamente cómo alzaba los brazos para coger el cubo.

—¿Dos? —masculló el hombre—. ¿Por qué dos?

—Uno para mí y otro para la muchacha.

—Podéis utilizar el mismo.

—Una noche aquí abajo lo deja a uno muy sucio. Un cubo de agua apenas es suficiente para que una persona se asee, mucho menos dos.

—Ya veremos qué dice el *laird*.

Alana dio un respingo al escuchar el golpe con el que se cerró la trampa; de pronto, se apagó el débil resplandor del farol. Intentó localizar a Gregor escuchando sus movimientos, pero acabó sorprendida cuando notó que se sentaba a su lado. En ese momento, percibió el olor a queso y a pan recién horneado, y su estómago rugió a modo de saludo.

Gregor se echó a reír mientras dejaba la comida entre ambos.

—Ten cuidado al moverte, porque tenemos la comida en medio. Los Gowan son generosos con las raciones, aunque la comida sea sencilla.

—Es mejor que no tener nada. Tal vez sea más práctico que me pases tú las cosas. Creo que voy a necesitar un tiempo para acostumbrarme a moverme en la oscuridad.

Se tensó al sentir unas palmadas en el muslo justo antes de que algo le cayera en el regazo. Descubrió que era

un trozo de pan y se lo llevó a la boca al punto. Estaba claro que Gregor quería asegurarse de su posición exacta antes de darle la comida. Se preguntó por qué una parte de ella se sentía decepcionada.

—Será mejor que te lo comas todo, muchacha. De momento, no he tenido problemas con las ratas, pero he escuchado ruidos cerca y creo que hay algunas. Si dejamos comida, acabarán por venir.

—Odio las ratas —confesó ella, estremeciéndose.

—Yo también, de ahí que luche contra la tentación de almacenar comida.

Alana asintió con la cabeza a pesar de que él no podía verla y los dos siguieron comiendo en silencio. Una vez que tuvo el estómago lleno, la asaltó el cansancio. Las vicisitudes del día estaban haciendo mella en su cuerpo. De repente, abrió los ojos de par en par al comprender que no había más espacio para hacerse su propio jergón e incluso dudaba de que hubiera mantas suficientes.

—¿Dónde voy a dormir? —preguntó, contenta de momento por la oscuridad, ya que ocultaba su rubor.

—Aquí conmigo —contestó él—. Yo dormiré pegado a la pared. —Sonrió. La tensión de la muchacha era casi palpable—. Tranquila. No te haré nada. Jamás le he hecho daño a una niña.

«Por supuesto», se dijo ella mientras se relajaba. Gregor creía que era una niña. Se había olvidado por un instante de su disfraz. La idea de tener que estar vendada durante días no era muy alentadora, pero sería lo mejor. Si creía que era una niña, Gregor la trataría como a su hermana o a su hija. Si descubría que era una mujer, tal vez decidiera tratarla como a una conveniente compañera de cama o intentara forzarla. Silenció sin miramien-

tos la parte de sí misma que se empeñaba en susurrar lo decepcionada que se sentía, recordándose que, en realidad, no tenía ni idea del aspecto de ese hombre.

Una vez que dieron buena cuenta de la comida, Gregor apartó el cubo. Oyó cómo movía lo que parecía ropa y después notó que se tapaba con las mantas. Sintió que uno de sus pies le rozaba la cadera y se apartó con rapidez. Tras un momento de incertidumbre, se desató las cintas del vestido, se quitó las botas y se metió bajo las mantas que se encontraban a su lado. Contuvo un suspiro cuando la frialdad de la mazmorra volvió a desaparecer. Ese hombre tenía algo que la reconfortaba, que la ayudaba a enfrentarse al encierro con cierta calma y valor. Pero estaba demasiado cansada como para intentar averiguar de qué se trataba.

—Por la mañana empezaremos a trazar nuestros planes de huida —lo escuchó decir.

—¿Has pensado en algo?

—Sólo es una posibilidad muy remota. Duérmete. Tendrás que estar descansada.

«Eso no suena muy prometedor», pensó ella mientras cerraba los ojos.